

## La Jorobada.

---

### I

**S**EGURAMENTE pocos habrán olvidado la catástrofe de Ronchées, que tuvo el triste privilegio, á fines de julio de 1876, de conmover la curiosidad pública.

¿Qué había en el fondo?... ¿Un accidente?... ¿Un crimen?

Cierto es que inmediatamente se instruyó causa criminal en averiguación de los hechos, y todos esperaban el resultado con impaciencia.

Pero el sumario, instruido al principio con gran actividad, no tardó en irse paralizando, hasta que quedó abandonado por completo, sin que el problema quedase resuelto.

Entonces nos ocurrió la idea de averiguar los hechos por nuestra cuenta, convencidos de que en todo aquello se ocultaba algún drama sombrío de la vida privada.

Si nuestro trabajo ha sido estéril, el lector

decidirá; tan solo damos aquí el resultado de nuestras averiguaciones.

El primer punto que hay que determinar es la naturaleza de las relaciones de Luis de Charens con la familia Maudhuy, y naturalmente se ocurre esta pregunta:

¿Desde qué época habían empezado estas relaciones?

A fines del año 1867 murió el anciano Quillat, fundador de la importante casa de comisión y exportación de la calle de Enghien.

Su hermana, baronesa de Charens, se había reconciliado con él cuando supo se hallaba gravemente enfermo; abandonó la provincia con su hijo para venir á instalarse á su cabecera; ambos lo cuidaron y asistieron durante su larga enfermedad, y nadie dudó que madre é hijo recogerían su rica sucesión, y ellos mismos también contaban con ella.

Pero, muerto el buen hombre, se encontró un testamento, que instituía por heredera universal á una tal Rigaude, su ama de llaves, especie de intrigante de baja estofa, amiga de confianza de un Procurador privado de su cargo, llamado Rastard.

Por un codicilo más reciente, el testador legaba á su sobrino la cantidad de treinta mil francos, pero con la condición de que entrase

como empleado en casa de Maudhuy, su sucesor en la casa comercial de la calle Enghien.

La baronesa de Charens oyó la lectura de ambos documentos sin emoción aparente; nada en su rostro ni en su actitud revelaba su cruel decepción; con fría y altanera sonrisa se despidió del Notario; luego salió lentamente haciendo señal á su hijo de que la siguiera.

Pero la emoción que sentía era superior á sus fuerzas. En el momento en que ponía el pie en la escalera, una nube de sangre pasó por sus ojos y cayó desplomada, víctima de una apoplejía fulminante.

Maudhuy, como antiguo socio y amigo del difunto, había asistido á aquella escena. Por la noche, al retirarse á su casa profundamente conmovido, se la refirió á su esposa.

Esta no pudo reprimir un movimiento de alegría.

—¡Cómo, Clementina! — dijo su marido en tono de reproche.

—¡Pues bien, sí! — replicó — eso es. No puedo compadecerme de los infortunios de la baronesa Charens. La conozco y á su hijo también... Allá, en Clamecy, éramos vecinos... Bastante nos han humillado con su desprecio...

En presencia de aquella animosidad, Maudhuy vacilaba en hablar del codicilo. En efec-

to, á sus primeras palabras sobre este documento, Clementina se puso furiosa, diciendo que saldría de la casa si Luis de Charens entraba en ella.

Maudhuy buscaba un sesgo para vencer aquella dificultad, cuando de pronto su esposa pareció cambiar de ideas. Convino en que, reflexionándolo bien, no tenía razón, y que en todo caso era una exageración.

Las oficinas estaban en otro departamento de la casa; no era una obligación tratarse con los dependientes; y además que la voluntad de un moribundo es cosa sagrada...

—¡Buena Clementina! —dijo Maudhuy besándola en la frente.

Algunos días después fue á buscar á Luis de Charens y se puso cortésmente á su disposición. El joven le dió las gracias, pero dijo que no se sentía con vocación ni aptitud para el comercio, y que iba á tratar de crearse una posición más en armonía con sus gustos é ideas.

En vano Maudhuy le hizo observar que obrando así perdía un legado de cierta importancia, y que la carrera que se le ofrecía era en suma tan honrosa como lucrativa: nada pudo convencerlo.

—Mi madre no me hubiera permitido aceptar, —dijo, —y rehusó terminantemente.

Esta respuesta, comunicada á Clementina, pareció causarla visible disgusto.

En cuanto á Luis, después de haber ordenado en parte sus asuntos, que estaban bastante embrollados, se ocupó, según había dicho, en crearse una posición. Se matriculó en la facultad de Medicina; pero la guerra de 1870 interrumpió sus estudios.

Afiliado en los cuerpos móviles del Nièvre, cumplió lealmente su deber en las acciones que se dieron cerca de Orleans, cayó herido en Arthenay, y después, en abril de 1871, volvió al departamento del Nièvre, cuando ya sus acreedores, poco tranquilos, empezaron á hostilizarle.

La situación era crítica. Todos los hombres de negocios á quienes consultó le aconsejaron que liquidase.

¡Vender la casa paterna! No podía consentir en semejante cosa; pero acosado con insistencia, tuvo que resignarse. Se fijaron edictos en las municipalidades y se insertaron los oportunos anuncios en los periódicos.

Uno de estos anuncios hirió por casualidad los ojos de la señora de Maudhuy.

Había olvidado por completo á Luis en aquellos cuatro años. Tenía ya un niño á quien adoraba; Susana, su cuñada y amiga, dos años

más joven que ella, recientemente salida del colegio, vivía á su lado; la sociedad de esta encantadora jóven, las caricias de su hijo, las atenciones de su marido, habían adormecido el odio que profesaba al joven; pero aquel inoportuno anuncio lo despertó más vehemente.

Habló con su marido y le instó para que comprase aquella propiedad contigua á la de su padre. Maudhuy presentó algunas objeciones; pero su esposa tanto insistió, que al día siguiente partió para Clamecy, decidido á arreglarlo todo amigablemente antes de que se vendiese la finca.

Aquella nueva entrevista entre los dos antiguos conocidos, no fue menos cordial que la primera; se sentían atraídos por una mútua simpatía.

Luis no ocultó su precaria posición ni su aburrimiento. Maudhuy, sinceramente conmovido, le renovó su proposición de otro tiempo, y le ofreció satisfacer á sus acreedores, y más adelante como socio.

Luis esta vez no tuvo fuerza para resistir y aceptó con reconocimiento.

Maudhuy, á su regreso, temía los reproches de su mujer; pero, muy al contrario, pareció alegrarse de lo que había hecho y le felicitó por ello.

Fue á principios de junio de 1871, cuando Luis entró en la casa de la calle de Enghien.

Clementina deseó que le fuese presentado; no era ciertamente aquella la costumbre; pero Charens no era un empleado ordinario y convenia hacer una excepción en su favor.

La presentación tuvo lugar; Clementina desplegó en ella una impertinente ironía.

«Se alegraba mucho de volver á ver al señor de Charens... Iban á ser vecinos como en otro tiempo... ¿Qué había sido de él desde que no se habían visto?... ¡Había querido estudiar medicina! ¡Mala carrera! ¿Por qué no había aceptado desde luego los ofrecimientos de Maudhuy... Ciertamente que la nobleza pobre de provincia no puede rebajarse á oficios serviles... Sin duda la industria de Maudhuy no estaba aún bastante aristocratizada; pero, en fin, ganaba un año con otro unos cincuenta mil francos... y esto valía más que asistir enfermos... ó aspirar á herencias ambiguas...»

Tal fue, si no el texto, al menos el sentido de sus palabras. Maudhuy y Susana, verdaderamente incomodados, trataban de amortiguar los golpes; pero cada esfuerzo de su parte no hacía más que redoblar el encarnizamiento de Clementina.

En cuanto á Luis, herido, impacientado,

estuvo veinte veces para estallar; pero, sin embargo, se contuvo.

Cuando quedó instalado en la oficina, las vejaciones continuaron. Aunque no hubiese comunicación alguna entre la casa del banquero y las oficinas, Clementina siempre hallaba medio para tropezar con Charens y lanzarle á la cara algún sarcasmo.

Luis soportaba estóicamente aquellas picaduras; pero su corazón sangraba. Por otra parte hallaba una compensación en las inalterables bondades de Maudhuy y su hermana.

En muy poco tiempo se puso al corriente de las operaciones de la casa. A fin de 1872 hizo un largo viaje para asuntos comerciales por Inglaterra y Alemania, y cumplió su cometido de una manera admirable y satisfactoria.

A su vuelta, Maudhuy, que había dejado un poco enfermo, se hallaba peor. El Médico había ordenado un régimen higiénico; el aire del campo, en cuanto el tiempo lo permitiese, y un reposo casi absoluto; era de temer una afección orgánica del corazón.

Luis se impresionó mucho al saber el estado de Maudhuy.

—No hagáis caso—dijo Maudhuy;—esto pasará. Entretanto, querido amigo, ya veis que no sirvo para nada; todo el peso de la casa

va á descansar en vos. Llega, pues, el momento de cumplir mi promesa; desde hoy sois mi socio por mitad.

Luis quiso rehusar estas ventajas; Maudhuy insistió tan enérgicamente, que no tuvo otro remedio sino aceptar.

Clementina, cuando le participaron este arreglo, no lo desaprobó; pero sí dejó entender á Luis que era por pura munificencia por lo que se le había hecho la propuesta.

Por orden del banquero compraron una casa en Villanueva de San Jorge, á orillas del Yère, en un sitio magnífico. Desde los primeros días de Abril, Maudhuy se estableció allí con su mujer, su hijo y su hermana. Luis se quedaba en París encargado de la dirección de la casa.

Tres ó cuatro veces á la semana, iría á Villanueva á rendir cuentas á su socio y á conferenciar con él.

La salud de Maudhuy no se mejoró nada durante aquella permanencia en el campo; pero el carácter de Clementina pareció haberse modificado algún tanto.

Desde hacía un poco tiempo estaba triste, preocupada, nerviosa. Tan pronto parecía indiferente á la enfermedad de su marido, como disputaba con Susana quién lo cuidaría y velaría.

Con respecto á Luis el cambio no era menos notable; ya no había para él ironías ni vejas, sino una buena sonrisa y dulces palabras, como si hubiera querido hacerse perdonar sus antiguas faltas.

Luis parecía insensible á estas nuevas manifestaciones. Entónces ella puso más insistencia en su agradable comportamiento.

Cada vez que era esperado, no se descuidaba en hallarse á la puerta del parque y lo acompañaba hasta la casa. Le hacía encargos para París, compras de objetos de tocador y entraba familiarmente en recomendaciones de detalle.

Procuraba hallarse sola con él, para darle gracias por lo que hacía, para hablarle de Maudhuy, cuyo estado la inquietaba...

—¡Dios mío! ¡si llegase á morir!

Y al decir esto parecía interrogar con la mirada á Luis; pero éste respondía invariablemente, que el mal no era tan grave como ella suponía, y trataba de tranquilizarla.

Aquella frialdad la irritaba; era sin duda un partido tomado, un resentimiento antiguo.

Resolvió salir de la duda.

Una noche que le acompañaba, según costumbre, después de algunas venalidades sobre la esperanza de la cura de Maudhuy, se detuvo de repente, y mirándole cara á cara,

—Y si á pesar de todo llegase á morir... ¿qué? —le dijo con entereza.

El ataque era tan directo, que Luis se estremeció; pero en seguida volvió el rostro y respondió tristemente:

—Sería una desgracia, de la que jamás me consolaría. Adiós, señora.

Clementina le miró alejarse, temblando de cólera y de vergüenza.

Desde aquel momento le declaró un odio implacable.

Las persecuciones de otro tiempo recobraron una intensidad creciente... hasta el día en que se detuvieron ante una revelación inesperada.

## II

En el mes de junio, Clementina supo, por una carta de su padre, que la hermana de éste, llamada Luz, vieja solterona, fea y deforme, que había sido su segunda madre, y la había educado, estaba gravemente enferma, y que deseaba verla.

Esta noticia la afectó en extremo.

—¡Pobre querida Tatá! ¡ya lo creo que iré

y sin que pase un día! ¡Después de lo que ha hecho por mí!... ¡Con tal de que la halle viva!

Maudhuy, aunque enfermo, quiso acompañarla; su mujer se opuso; esto le fatigaría, y se iría sola.

Sus preparativos fueron hechos en pocos minutos, y tomó el primer tren ascendente.

A medida que se acercaba veía en su pensamiento aquella casa del barrio de Beuvron donde había transcurrido su infancia, y una vaga tristeza se apoderaba de ella.

¡Cuán léjos estaban aquellos recuerdos! ¿Dónde se habían ido sus sueños de niña?... Hasta la casa perdería pronto sus huéspedes... ¿Era esta la vida?

Su padre fue quien la abrió la puerta. Era el mismo hombre de siempre, indiferente, un poco más grueso y un poco más envejecido.

—¿Eres tú, hija mía?—dijo.

Clementina se arrojó en sus brazos.

—¡Cómo! ¿vienes sola? ¿Y tu marido? ¿y tu hijo?

La joven se apresuró á informarse de Luz.

—Va mejor,—dijo su padre.—¡Ah, nos ha dado un gran susto, te lo aseguro! Ha tenido una crisis horrible y he temido que era la última hora de su vida. Pero no, salió de ella felizmente, y el Médico dice que le ha sido pro-

vechosa; ahora responde de ella. No importa, muy poco queda de la vieja Tatá. Ven á verla.

Y la hizo pasar á la gran alcoba que daba al jardín, que ella misma había ocupado antes de casarse.

En efecto, muy poco quedaba de la pobre Luz.

En el fondo de la alcoba, al cuidado de una criada, se entreveía un escuálido rostro de vieja, flaco, apergaminado, casi hundido entre las almohadas y la colcha.

Clementina apenas la reconoció.

—¡Hermana! dijo Baumet;—aquí tienes una persona, una amiga que viene á verte.

La enferma, sacada de su entorpecimiento, entreabrió los ojos, miró vagamente, y luego, de repente, se dilataron sus pupilas, y un ligero colorido animó sus mejillas.

—¡Tú...! ¿Eres tú, mi Nini?—exclamó con voz trémula de emoción, tanto como de debilidad.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero fue inútil.

Clementina la abrazó y besó con efusión, y de pronto exclamó asustada:

—¡Dios mío, mi tía se muere!

La enfermera la hizo aspirar un frasquito que contenía un fuerte reactivo, y la reanimó.

Trataban de llamar al Médico, pero la enferma se opuso.

—No es nada, —murmuró;—la alegría... y la alegría no mata.

No tardó en sentirse mejor y ordenó que la dejaran sola con su sobrina.

Clementina se sentó en la orilla del lecho, se inclinó hacia la enferma, y las dos se pusieron á hablar.

—Ya lo ves, —decía Luz, —en cuanto conocí que la cosa iba mal, me hice traer aquí, á tu alcoba, á tu misma cama. Así me parecía que te tenía á mi lado... ¡Y esto me ha hecho mucho bien!

—¡Querida Tatá!...

—Luego que no he permitido que se tocara á nada. Todo está en el mismo estado en que tú lo has dejado.

Clementina quiso saber algunos detalles sobre su enfermedad.

—No hablemos de eso, —repuso su tía;— ¡Ya ha pasado!... Hablemos de tí, ¿eres dichosa?

Clementina declaró que era completamente feliz; su marido estaba un poco delicado, pero no era cosa alarmante; la amaba colmándola de atenciones; su hijo era bellísimo y su cuñada su mejor amiga.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Luz sinceramente.

Luego con un tinte de tristeza, añadió:

—Sin embargo, hubiera querido ser testigo de tu felicidad, vivir en tu vida, á tu lado... ¡Pero es imposible! ¿qué sería de tu padre sin mí?

Luz no se cansaba de hablar. Ambas evocaron una serie de recuerdos queridos; se enternecieron mutuamente. Como en la conversación se pronunciase el nombre de la señora ñe Charens,

—A propósito, —dijo Clementina, —se me olvidaba decirte que su hijo, Luis de Charens, es desde hace algunos meses, socio de mi marido.

Luz se estremeció.

—¡Dios mío! ¿qué me cuentas? —exclamó.

—¡Pues es una cosa muy sencilla! —repuso Clementina, con aire indiferente. —Después de un desengaño... ya sabes... la sucesión Quillat que se le fue de las manos... ese pobre muchacho no sabía qué hacerse. Mi marido ha tenido lástima de él, y lo ha nombrado primero empleado y luego socio. Yo no me opuse; era una ocasión para humillar su orgullo, haciéndole sentir la sujeción de la dependencia.

Luz, alarmada, le hizo contar todo lo que



había pasado entre Luis y su sobrina, y suplicó á ésta que cesase de mortificarle.

—Así pienso hacerlo—dijo Clementina—tanto más que parece no sentir nada ni tener corazón.

Después de comer, y mientras la enferma descansaba, Clementina se entretuvo en recorrer la casa, con esa curiosidad que nos domina en los lugares que hemos habitado en otros tiempos, donde cada objeto encierra el recuerdo de algo que ya hemos olvidado.

Salió luego al jardín siguiendo lentamente por los paseos hasta la cerca de los espinos y zarzales que lo separaba del parque vecino. Allí se detuvo; sin duda un recuerdo más vivo hirió su mente, porque su pecho se agitó y sus hojos se humedecieron; pero pronto se sonrió amargamente, hizo un gesto de despecho y se alejó de allí suspirando.

Con su llegada á la casa parecía haber entrado en ella la salud. Luz se sentía mejor; tomaba algún alimento; recobraba sus fuerzas; no tardó en levantarse. Clementina se encargó de vestirla.

—Bastantes veces me has prestado ese servicio cuando era pequeña—dijo;—ahora me toca á mí.

Y continuaron sus diálogos confidenciales.

Un día versó la conversación sobre un trabajo de tapicería hecho por Clementina cuando era niña y que Luz había conservado como un tesoro; quisieron volverlo á ver.

—Debe estar en aquel armario,—dijo Luz.

Clementina abrió el armario y vió que sus cajones estaban llenos de plantas medicinales, frascos de esencias y remedios.

—¿Te dedicas aún á la farmacia?—preguntó riéndose.

—Sí,—dijo la anciana,—y mis drogas valen mucho más que las de los boticarios. ¿Ves ese frasquito que está á la izquierda? Es un jarabe de mi invención, que me salvó cuando estuve desahuciada por el Médico.

Clementina no halló la tapicería.

Al día siguiente, por una especie de capricho, se empeñó en buscarla. Visitó la antigua habitación de Luz, abrió todos los cajones, registrándolos minuciosamente.

Muchos objetos pasaron por su vista; unos paquetes de naipes le recordaron que su tía, tan devota como supersticiosa, no hacía nunca nada grave sin consultar antes la suerte... En fin, en un cajoncito particular, un paquete de cartas excitó su curiosidad.

—¡Calle!—se dijo;—¡la correspondencia amorosa de Tatá! ¡debe ser curiosa!

Y examinó el paquete entreabriéndolo por un extremo.

De pronto se estremeció; en el sobre de una de las cartas leyó: *A la señorita Clementina Baumet.*

—¿Qué es esto?... ¡mi nombre en estas cartas!—dijo.

Y deshaciendo el paquete, cogió una de las cartas, miró la firma y leyó: *Luis de Charens.*

¡Luis de Charens! ¡del que jamás había recibido carta alguna!

Su conmoción fue tal, que tuvo que sentarse en una silla para no caer al suelo.

Leyó febrilmente aquellas cartas. Eran cartas de amor, apasionadas, abrasadoras... y las últimas llenas de quejas y hasta reproches, porque no se recibía contestación á ninguna de ellas.

¿Y las fechas?... Septiembre de 1867... después de la partida de Luis para París... ¡dos meses antes de su matrimonio!...

De un salto se halló en la habitación inmediata al lado de Luz.

La anciana se hallaba sentada en un cómodo sillón, y siempre laboriosa se ocupaba en hacer crochet. La brusca llegada de su sobrina la hizo estremecer.

—¿Qué tienes?—preguntó alarmada.

—¿Que qué tengo?... ¡Mira!

Y le arrojó las cartas en la falda.

Luz las reconoció al momento y lanzó un grito de angustia.

—¿Conque es decir—exclamó Clementina—que interceptabas y me ocultabas esas cartas que yo con tanta impaciencia esperaba?

—¡Mi buena Niní, perdóname! Yo lo hacía por tu bien, por tu felicidad.

—¿Por mi felicidad?... ¡Pues debes estar satisfecha!... ¡Has hecho de mí la más desgraciada de las criaturas!

Y como Luz quisiese cogerla la mano, la rechazó brutalmente, yendo á sentarse á un rincón, con la cabeza baja y la mirada feroz.

—Escúchame, mi buena Niní—proseguía Luz, suplicante,—¡era por tu bien!... ¡Yo sabía que Luis de Charens te amaba!...

—¿Y cómo lo sabías tú?—la interrumpió Clementina levantándose;—nos habías espiado, sorprendido!... ¿Por qué no me lo advertiste?... Pero no...; disimulaste, y algunos días después, cuando me... cuando me ves devorada por la inquietud, cuando pregunto, aparentas no saber nada, finges sorprenderte!... ¡Y sin embargo, tienes valor para ocultar esas cartas tan ávidamente esperadas!... ¡y aún te atreves á decir que me amas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTORREY, MEXICO

29765

—Sí, sí, te amo, bien lo sabes. ¿Crees que eso no me ha lacerado el corazón? Sin embargo, he resistido, y he hecho bien!

—Sí. ¿A dónde te hubiera conducido ese amor? ¿La señora de Charens consentiría nunca en ese matrimonio?

—No, pero ya ha muerto. Su hijo es libre, y sin tí lo sería yo también.

—Pero ni el uno ni el otro teníais fortuna.

—¿Y qué me importaba la fortuna? ¿He pensado en ella jamás?

—Pues por eso pensaba yo por tí. Sabes á qué extremidad estábamos reducidos; tu padre tenía deudas...

—¡Ah! ¡Ya lo sé!...—exclamó Clementina con punzante ironía.—¡Comprendo! era cuestión de dinero, asunto mercantil. ¿Qué importa que una pobre mujer tenga un amor en su corazón? ¡Nada! Es preciso que se paguen las deudas de su padre; aunque sea desgraciada, y muera de desesperación, ¡será vendida!... ¿Quién da más, señores?

—¡Oh! ¡Clementina!

—¿Y bien, qué? ¿Dirás tal vez que no me has vendido?... ¡Y se ha encontrado un hombre que aceptó ese infame mercado! ¡y ese hombre es mi marido! ¡y mi suerte está ligada

para siempre á la suya! ¡Oh! ¡esto es repugnante!

La vieja Luz se arrastraba suplicante.

—Pues bien, sí, máldiceme, márame si quieres; ¡pero no calumnies á tu marido!... Es bueno, generoso...

—Porque me ha comprado bastante cara, ¿no es eso? ¡Oh, miseria!... ¡Cuando pienso que me ha conmovido su desinterés, y que cada vez que me sorprendía no sentir amor por él, me acusaba de ingratitud!... Sí, lo he admirado, mientras que aborrecía al otro abrumándolo con vejaciones y desprecios! ¡Oh! ¡jamás me lo perdonará!

—¿Y qué importa que te perdone? Lo hecho, hecho está, y ya no hay remedio... Por otra parte, ¿me has dicho que eres feliz?

—¡Sí, pero no es verdad, he mentado!

—Tu marido... tu hijo...

—¡Los execro lo mismo que á tí!

—¡Oh! ¡Clementina!...

—Soy una ingrata, ¿no es eso? ¡Háblame ahora de tu amor, de tus cuidados, de tu abnegación! ¡Puedes guardarlos para tí! ¡Estamos en paz! ¡Adiós!

—Clementina, ¿adónde vas? ¿Qué quieres hacer?

Clementina la rechazó y salió bruscamente.

La anciana tía, aniquilada por tantas emociones, rodó por el suelo perdido el conocimiento.

Media hora después, Luz, auxiliada por la criada, se hallaba en su lecho atacada de una violentísima fiebre.

Clementina, después de haberse despedido precipitadamente de su padre, á quien dejó sin saber lo que le pasaba, se puso en camino para París.

### III

El matrimonio de Clementina con Maudhuy tuvo lugar, en efecto, según acababa de decir Luz, bajo el peso de una dura necesidad.

En aquella época, 1876, los negocios de Baumet, gracias á su sorprendente incuria, se hallaban en el estado más deplorable. Su comercio de granos y harinas no le había producido más que deudas; las reclamaciones surgían de todas partes; las citaciones llovían; era inminente un desastre.

El 27 de agosto, el Escribano del Tribunal de Comercio, señor Florimond, se presentó, acompañado de su Escribiente y del Agente de apremios llamado Gaudriat, en aquella misma

casa del pueblecillo de Beuvron, que tan bruscamente había abandonado Clementina, según dejamos dicho al final del anterior capítulo.

Al sonido de la campanilla, movida por el Escribano, el inquieto rostro de la vieja señora apareció en una de las ventanas del piso bajo.

—Buenos días, señorita Luz— dijo Florimond saludándola.

—¡Ah! sois vos, señor Florimond... ¿Qué ocurre de nuevo?... Pero, entrad...

La puerta se abrió y entraron los tres individuos.

Luz, hermana mayor de Baumet, podía tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era una pobre jorobada, cuya estatura no excedía á la de un niño de diez años; sus facciones no eran desagradables, y sus pequeños ojos grises brillaban con animación é inteligencia. Dos tupidos bandos de cabellos aún negros, su algo encorvada nariz, labios delgados, algo fruncidos en las comisuras, barbilla prominente y una doble arruga vertical entre las dos cejas, daban á su fisonomía una expresión de malicia, de energía y de tenacidad.

Esta eriatura, á quien su deformidad privaba de todo pensamiento de porvenir personal, había consagrado toda su afección en su herma-